

¿Es Dios un obstáculo para el hombre... o para su pretensión de autosuficiencia?

De la expulsión de Dios al retorno de la ley del más fuerte

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

La pregunta por Dios no es un residuo premoderno del pensamiento ni una cuestión marginal reservada a la sensibilidad religiosa. Pertenece al núcleo mismo de la razón cuando esta se toma en serio, porque toda inteligencia que no se clausura prematuramente termina preguntándose por el fundamento último del ser, del bien y del sentido. Allí donde esa pregunta es excluida, no se produce una simple omisión temática, sino una alteración profunda del horizonte desde el cual el hombre se comprende a sí mismo y organiza el mundo.

Dios no ha sido expulsado del horizonte moderno por irrelevante, sino por incómodo. Su presencia introduce dependencia ontológica, un bien anterior a la voluntad y un criterio capaz de juzgar al poder. Por eso, cuando el proyecto moderno absolutiza al sujeto, Dios aparece como límite, amenaza o estorbo. El conflicto no se da entre Dios y la razón, sino entre Dios y una determinada concepción de la libertad entendida como autosuficiencia.

El recorrido de este ensayo sostiene una tesis: la exclusión de Dios no conduce a una razón más libre ni a una civilización más humana, sino a una deriva en la que el fundamento es sustituido por el poder. Cuando el ser deja de preceder al pensamiento, cuando el bien deja de preceder a la voluntad y cuando la verdad deja de juzgar al éxito, la fuerza termina ocupando el lugar del fundamento. No se trata de una recaída primitiva por ignorancia, sino de una regresión post-filosófica: una razón capaz de alcanzar alturas extraordinarias, pero dispuesta a no sostener al hombre en ellas.

I. Dios y el estatuto de la filosofía

1. Dios no es un problema marginal, sino estructural

La Teología Natural busca articular aquello que la razón humana puede conocer de Dios por sus propias fuerzas. Ese conocimiento es parcial, porque conocer a Dios como causa primera no equivale a agotar el misterio divino. Sin embargo, su alcance filosófico es enorme: muestra que Dios pertenece al horizonte constitutivo del pensar humano. No aparece como hipótesis externa añadida a la razón desde fuera, sino como término



natural de la metafísica cuando esta se pregunta por el fundamento último del ser.

La filosofía, si permanece fiel a su vocación, no puede proceder como si Dios no estuviera sin alterar su propio estatuto. La razón humana no se conforma con describir fenómenos ni con ordenar experiencias. Pregunta por qué hay algo y no más bien nada; por qué el bien obliga; por qué la verdad no depende del éxito, de la utilidad ni de la fuerza; por qué el hombre puede juzgar incluso aquello que lo domina. En ese movimiento, Dios no aparece como una conclusión arbitraria, sino como la posibilidad de que la razón no quede encerrada en lo penúltimo.

La historia del pensamiento confirma que la pregunta por Dios no surge como capricho religioso, sino como exigencia racional. La inteligencia humana no busca solo causas inmediatas; se abre a causas últimas. No pregunta únicamente cómo funcionan las cosas, sino por qué son, qué sentido tienen y bajo qué criterio pueden ser juzgadas. Allí donde la pregunta por Dios desaparece, la razón no se vuelve más rigurosa; queda privada del horizonte que le permite juzgar el conjunto.

Por eso Dios no resulta indiferente para la filosofía. Cuando es rechazado, rara vez lo es por insignificancia teórica. Su exclusión afecta al sistema entero, porque Dios introduce dependencia, límite, verdad y responsabilidad. No permite que el sujeto se piense como origen absoluto. No permite que la voluntad cree el bien. No permite que el poder se justifique a sí mismo. En ese sentido, Dios se vuelve problemático no por debilidad, sino por exceso de exigencia.

2. La absolutización del sujeto moderno

Dios aparece como obstáculo solo para una filosofía que ha convertido al sujeto en principio absoluto. Este desplazamiento se produce cuando la modernidad reordena progresivamente los ejes fundamentales del pensar: el ser tiende a quedar subordinado a lo pensado; la verdad, a lo verificable o decidible; el bien, a lo querido o producido por la voluntad.

Cuando este giro se consolida, Dios deja de ser fundamento y pasa a ser límite intolerable. No porque oprima, sino porque descentra. Aceptar a Dios implica reconocer que el hombre no es autosuficiente, que la libertad no crea el bien, que el poder no es la medida última de lo real y que la razón no se funda a sí misma.



En los sistemas donde la libertad se identifica con autolegislación cerrada o autodeterminación absoluta, toda realidad anterior a la voluntad aparece como amenaza. Dios, en particular, impide que el sujeto sea absoluto. Por eso no es simplemente discutido, sino muchas veces excluido desde el método. La filosofía deja de preguntarse por el fundamento y se repliega sobre la inmanencia, convencida de que así gana autonomía.

Sin embargo, esa emancipación tiene un costo alto. Al perder el fundamento, la razón no se libera: se vuelve más frágil frente al poder. Una razón sin trascendencia puede conservar métodos, sistemas, procedimientos y lenguaje crítico, pero pierde el criterio último para juzgar aquello que se impone. Puede describir el poder, incluso administrarlo, pero le cuesta decir por qué no debe dominar.

Dios no es obstáculo para la filosofía en cuanto tal. Lo es para una razón que ha decidido no aceptar nada que la preceda. A partir de ahí, el problema deja de ser meramente teórico y se vuelve histórico, moral y político: qué ocurre con la libertad, la justicia y la vida social cuando Dios deja de ser fundamento y se convierte, en el mejor de los casos, en un postulado funcional.

II. De la autonomía al poder

3. Kant: Dios como postulado y la fragilidad del límite moral

En Immanuel Kant se produce un giro profundo en la historia de la filosofía moderna. La razón especulativa queda clausurada respecto del ser en cuanto ser y de la causalidad metafísica. Dios ya no puede ser conocido como fundamento ontológico de la realidad. La metafísica clásica pierde legitimidad como saber del ser, y con ello se debilita el acceso racional a una causa primera.

Sin embargo, Kant reconoce que la referencia al Absoluto no desaparece sin más. Reaparece por la vía práctica. Para evitar que el orden moral se vuelva absurdo, introduce a Dios como postulado de la razón práctica: no como ser conocido metafísicamente, sino como condición necesaria para que el deber conserve coherencia última. Dios ya no funda el ser ni el bien; sostiene la inteligibilidad moral del sistema.

Este desplazamiento tiene una consecuencia de gran alcance. El bien ya no obliga por su realidad ontológica, sino por la forma del deber. La ley moral es exigente, universal y necesaria, pero queda separada de un



anclaje metafísico fuerte. Mientras el sujeto reconoce el imperativo moral, el sistema conserva su arquitectura. La obligación se mantiene por la coherencia interna de la razón práctica.

El problema aparece cuando ese reconocimiento falla. Kant no dispone de un criterio último para juzgar ontológicamente al poder que decide ignorar el deber. La ley moral exhorta, acusa, interpela, pero no puede imponerse ante quien no se reconoce obligado. Dios, reducido a postulado, ya no juzga al vencedor desde el ser; sostiene interiormente al sujeto que permanece fiel al deber.

Aquí todavía no se afirma la ley del más fuerte como principio. Pero se introduce una fragilidad estructural: la moral queda expuesta cuando el poder deja de reconocerse obligado. El límite existe, pero ya no está asegurado por el ser.

4. Nietzsche: Dios como amenaza y la legitimación de la fuerza

Friedrich Nietzsche lleva hasta sus últimas consecuencias lo que en Kant permanece contenido. Si Dios no es fundamento del ser, si la verdad no remite a una realidad objetiva y si el bien no precede a la voluntad, la pregunta se vuelve inevitable: qué válida una norma. La respuesta nietzscheana es directa: la fuerza.

La lucha por el poder deja entonces de ser un hecho a regular y se convierte en principio de interpretación de lo real. La voluntad de poder no describe solo una dinámica psicológica o social; aspira a definir la estructura misma de la vida. Vencer equivale a imponerse como sentido. El éxito sustituye a la verdad. La fuerza ocupa el lugar del fundamento.

¿Por qué Dios debe desaparecer? Porque mientras Dios sea reconocido, hay algo que juzga al fuerte: un bien que no depende de la victoria, una verdad que no se decide por imposición, una instancia superior al poder. Dios impide que la fuerza sea creadora absoluta de valor. Por eso, para Nietzsche, Dios no es un error teórico cualquiera, sino una amenaza radical contra el proyecto de transvaloración.

En este marco, la violencia y el abuso no son simples desviaciones del sistema. Son la consecuencia de haber eliminado todo criterio superior al poder. Cuando no queda juez del vencedor, el vencedor se justifica a sí mismo. La ley del más fuerte deja de ser brutalidad pre-racional y se convierte en filosofía de la vida.



5. El retorno de la ley del más fuerte

La ley del más fuerte no reaparece por falta de organización, sino por pérdida del criterio último. Una sociedad puede organizarse sin referencia explícita a Dios; puede perfeccionar su técnica, multiplicar sus leyes y sofisticar sus instituciones. Pero cuando el fundamento desaparece, el poder queda sin juez.

En ese contexto, la pregunta “¿es justo?” se sustituye poco a poco por “¿funciona?”, “¿quién decide?”, “¿qué produce?”, “¿a quién beneficia?”. La organización continúa, incluso puede volverse más eficiente, pero termina organizándose contra el hombre. El débil estorba, el improductivo pesa, el enfermo incomoda, el disidente amenaza.

La ley no desaparece; se vuelve instrumental. La moral no se niega; se administra. La justicia deja de ser límite del poder y se convierte en variable del sistema. El retorno de la ley de la selva no es una recaída primitiva, sino una consecuencia lógica de haber eliminado el fundamento.

Kant intentó salvar la moral sin metafísica. Nietzsche asumió el costo de esa renuncia. En ambos casos, la exclusión de Dios no libera al hombre del poder: lo deja expuesto a él. La cuestión ya no es si la ley del más fuerte resulta deseable, sino por qué, eliminado el fundamento, no habría de imponerse.

III. Libertad, trascendencia y civilización

6. Dios no compite con la libertad

La aportación de Leonardo Polo y Juan Fernando Sellés permite replantear el problema desde la raíz antropológica. El conflicto moderno no se da propiamente entre Dios y la libertad, sino entre dos modos de comprender la libertad humana.

Por un lado, está la libertad cerrada: una libertad entendida como autosuficiencia, que pretende fundarse a sí misma y rechaza toda verdad o bien que la preceda. Para esta voluntad, toda instancia superior es vivida como amenaza. Dios solo puede aparecer como obstáculo, porque impide que la voluntad se convierta en principio absoluto.

Por otro lado, está la libertad abierta: una libertad que reconoce el don del ser y consiente una verdad que no crea. Esta libertad no se define por la autoafirmación, sino por la apertura; no por la imposición, sino por la



acogida; no por la negación de todo límite, sino por la capacidad de responder al bien.

Desde esta perspectiva, Dios no compite con la libertad humana, porque no se sitúa en el mismo plano. No es un rival del hombre ni un poder que dispute espacio a la autonomía. Es fundamento del ser y del bien. Reconocerlo no anula la libertad; la libera de la carga imposible de tener que fundarse a sí misma.

La libertad cerrada termina necesitando poder para justificarse. La libertad abierta puede descansar en la verdad y orientarse al don. En la primera, Dios aparece como estorbo. En la segunda, aparece como origen.

7. Trascendencia y límite frente al poder

La concepción abierta de la libertad restablece un límite real frente al poder. Cuando el bien es reconocido como anterior a la voluntad y el ser como don, la fuerza deja de ser criterio de legitimidad. La victoria no convierte en justo lo que vence. La eficacia no vuelve verdadero lo que funciona. La imposición no crea derecho por el solo hecho de imponerse.

En una libertad cerrada, la ley del más fuerte aparece como desenlace coherente, porque nada precede a la voluntad. En una libertad abierta, en cambio, esa ley queda desenmascarada como usurpación. Puede imponerse de hecho, pero no puede justificarse en el orden del ser ni del bien.

Aquí se entiende por qué una civilización sin trascendencia se debilita en su raíz. Cuando la libertad se concibe como autosuficiencia, el bien deja de atraer y comienza a administrarse; la ley deja de educar y pasa a controlar; la justicia deja de juzgar al poder y se subordina a él. La civilización no consiste simplemente en dominar con mayor eficacia, sino en reconocer algo más alto que el dominio.

8. El falso dilema moderno

Desde esta clave, el dilema moderno “Dios o libertad” se revela como una falsa alternativa. El verdadero dilema es fundamento o poder. Cuando el fundamento es eliminado, el poder ocupa su lugar. Cuando la trascendencia es negada, la fuerza se absolutiza.

La filosofía que renuncia a Dios no permanece neutral. Sustituye el Absoluto. Puede hacerlo por la conciencia, por la historia, por el Estado, por



el mercado, por la técnica o por la voluntad de poder. El resultado de fondo es semejante: el hombre pierde un criterio que lo proteja frente a sí mismo.

La aportación de Polo y Sellés no implica una vuelta ingenua a la metafísica, sino una respuesta posterior a la crisis moderna. No se trata de introducir a Dios como explicación fácil, sino de reconocer que sin fundamento no hay libertad capaz de resistir al poder ni civilización que no termine organizándose contra el hombre.

El problema no es Dios como límite, sino la voluntad que no quiere recibir. Allí donde la libertad se cierra sobre sí misma, Dios aparece como amenaza. Allí donde se abre al ser, Dios aparece como fundamento.

IV. Cuando la filosofía abdica

9. La filosofía no es neutral

La filosofía no es una actividad meramente técnica. Por su estructura interna, es búsqueda de lo más alto. No se reduce a la acumulación de teorías ni al refinamiento de métodos; expresa el deseo radical de verdad que define al hombre como ser racional. Cuando ese deseo permanece abierto, la metafísica se orienta hacia el fundamento. Cuando se clausura, la filosofía no queda suspendida en una neutralidad pura: se degrada.

Cuando un pensamiento que se presenta como filosófico recorre largas distancias conceptuales y concluye que el hombre debe regirse por la ley del más fuerte, no estamos ante una alternativa más dentro del campo filosófico. Estamos ante una ruptura de la vocación misma de la filosofía. No porque se haya llegado a una conclusión incómoda, sino porque se ha renunciado al criterio que hacía posible la pregunta: la primacía del ser, del bien y de la verdad sobre la voluntad y el poder.

Sin referencia al fundamento, la razón no se emancipa. Se empobrece. Pierde capacidad de juzgar lo real y se limita a describir correlaciones de fuerza o a legitimar lo que acontece.

10. La ley de la selva como abdicación

La ley de la selva no es una teoría filosófica en sentido propio, sino una descripción biológica elevada ilegítimamente a principio normativo. Cuando se convierte en regla de la vida humana, no se produce una audacia intelectual, sino una renuncia a pensar lo humano como humano.



Aceptar la ley del más fuerte como norma equivale a negar la especificidad racional y moral del hombre. Y negar eso no es pensamiento crítico, sino anti-filosofía, porque destruye el presupuesto mismo del filosofar: la posibilidad de que la razón juzgue la realidad y no se limite a registrar su imposición.

Estas propuestas no son simplemente “menos humanistas” o “más duras”. Son regresivas. Devuelven al hombre a un estadio pre-racional después de haber utilizado toda la maquinaria conceptual de la razón. La inteligencia se vuelve contra sí misma.

11. No querer saber para no responder

El problema de fondo no suele ser la falta de inteligencia. Muchos pensadores que llegan a estas conclusiones son extraordinariamente lúcidos en la crítica, el análisis y la deconstrucción de sistemas anteriores. La dificultad no es cognitiva, sino existencial y voluntaria.

No es que no puedan llegar más lejos; es que no quieren aceptar lo que se sigue de llegar hasta el final. Aceptar a Dios —o incluso aceptar la primacía del ser y del bien— implica reconocer dependencia, límite, don y responsabilidad. Eso resulta insoportable para una voluntad que aspira a ser principio absoluto.

Aquí se produce la renuncia a la verdad que juzga. El Absoluto no desaparece; se sustituye. Ocupan su lugar la voluntad, el poder, la historia o el sistema. La razón continúa operando, pero ya no como apertura a lo real, sino como instrumento de legitimación.

Por eso conviene hablar de una razón mutilada: una razón que se niega a culminar para no tener que responder ante aquello que la supera.

12. Progreso aparente y retroceso antropológico

El progreso filosófico no consiste en eliminar lo más alto, sino en articularlo mejor. Cuando, tras siglos de reflexión, se concluye que solo manda la fuerza, no se ha avanzado más allá de la tradición clásica: se ha retrocedido por debajo de Sócrates.

Estas propuestas no son liberadoras. Eliminan todo criterio para juzgar al poder, convierten el éxito en verdad e impiden afirmar que una injusticia lo es cuando triunfa. Eso no es pensamiento crítico. Es claudicación del



pensamiento. La razón ha sido utilizada para negar aquello mismo que la hace posible.

Puede afirmarse, sin exageración retórica, que cuando un pensamiento filosófico concluye legitimando la ley del más fuerte, deja de ser filosofía en sentido pleno. No propone una alternativa racional; abdica de su vocación más alta.

V. Volver a la búsqueda

El diagnóstico anterior podría parecer cerrado, pero no lo es. Precisamente porque la exclusión de Dios no es un problema temático, sino una alteración del horizonte humano, la salida no puede consistir en un ajuste técnico ni en una corrección moral superficial. Lo que debe reabrirse es aquello que la modernidad clausuró de manera programática: la búsqueda del fundamento.

La tragedia contemporánea no consiste solo en negar a Dios. Es más honda: consiste en dejar de buscar aquello que excede lo inmediato, lo funcional y lo gestionable. El hombre moderno no ha abandonado a Dios únicamente porque crea haberlo refutado, sino porque ha aprendido a vivir sin preguntarse por el origen, el sentido y el fin. Esa renuncia no vuelve a la razón más rigurosa; la vuelve menos sapiencial. Puede conservar eficacia, método y brillantez técnica, pero pierde capacidad para sostener al hombre frente al poder.

El primer gesto de salida no es una afirmación doctrinal apresurada, sino un acto intelectual más elemental: reconocer que no sabemos lo suficiente sobre lo que más importa. Aquí se recupera el gesto originario del filosofar, el reconocimiento socrático de la ignorancia. No como derrota, sino como apertura. El hombre contemporáneo posee una inmensa cantidad de conocimientos operativos, pero ese saber no responde por sí mismo a la pregunta por el sentido último. Aceptar este límite no humilla a la razón; la libera de la autosuficiencia que la asfixia.

De ahí la necesidad de recuperar la metafísica como ejercicio vital del pensar. La modernidad no clausuró la metafísica porque hubiera demostrado su falsedad, sino porque decidió que solo es válido aquello que puede ser producido, verificado o controlado. El ser, la causalidad y el fundamento quedaron excluidos por criterio previo, no por refutación racional. Reabrir la metafísica no significa volver atrás, sino pensar allí donde la razón se detuvo voluntariamente. Significa reconocer que el universo no se explica por sí mismo, que la contingencia apunta más allá



de sí y que el fundamento no es un objeto entre otros, sino aquello sin lo cual nada se sostiene.

También es necesario sanar la noción de libertad. Si la libertad se entiende como autosuficiencia, todo lo que precede —la verdad, el bien, el ser, Dios— será vivido como amenaza. Pero esa concepción no libera; encierra. Al cerrarse a lo que no controla, la persona queda reducida a su propia decisión, sin horizonte que la convoque ni sentido que la trascienda. Frente a ello, Polo y Sellés permiten recuperar una comprensión más originaria: la libertad como apertura coexistencial. La persona no es un absoluto aislado, sino un ser que coexiste, recibe y responde. La libertad no es, ante todo, poder de fundarse, sino capacidad de acoger, consentir y donar.

Desde esta perspectiva, Dios no aparece como competidor del hombre. Esa imagen nace de una concepción empobrecida de la libertad. Dios no es una causa entre otras ni un poder frente a otros poderes; es fundamento del ser y origen del don. Su presencia no quita, concede. Recibir no es perder. Depender no es humillarse. Reconocer un fundamento no es anularse, sino quedar liberado de la carga imposible de tener que fundarse a sí mismo.

La experiencia contemporánea de no tener ya nada que esperar confirma la gravedad del cierre. Cuando la esperanza pierde su dimensión trascendente, no desaparece sin más; se desplaza hacia formas de generosidad, cuidado y entrega al otro. Esos gestos son valiosos: restos vivos de una esperanza que se resiste a morir. Pero una caridad separada de un bien último se vuelve frágil. Puede aliviar, sostener e incluso embellecer el mundo, pero difícilmente puede fundar por sí sola la dignidad incondicional del hombre. Sin trascendencia, incluso la generosidad corre el riesgo de ser absorbida por la lógica del sistema.

Volver a la búsqueda no significa abandonar la razón, sino devolverle su amplitud. No significa negar la libertad, sino rescatarla de su reducción al poder. No significa imponer a Dios como respuesta fácil, sino permitir que la razón llegue hasta donde puede llegar sin mutilarse. Allí donde el hombre acepta no ser absoluto, Dios deja de aparecer como amenaza y se revela como fundamento del sentido.

Conclusión

Civilización sin trascendencia



El recorrido realizado permite responder a la pregunta inicial. Dios no aparece como obstáculo para el hombre en cuanto tal, sino para una pretensión de autosuficiencia que redefine la libertad como auto-fundación y sustituye el fundamento por el poder. El conflicto no es Dios contra el hombre, sino Dios contra la absolutización del sujeto.

Cuando la pregunta por Dios se cierra, no surge una neutralidad teórica. Se desencadena una serie de desplazamientos: el ser se diluye en lo pensado, la verdad en lo decidible y el bien en lo querido. La razón no se libera; se empobrece. La moral puede subsistir como exhortación, pero pierde fuerza como límite real. La ley permanece, pero se vuelve instrumental. El resultado no es necesariamente el caos, sino algo más inquietante: una organización eficaz sin fundamento.

La ley del más fuerte no reaparece como residuo primitivo, sino como consecuencia racionalizada. No vuelve por falta de civilización, sino por pérdida del criterio que hacía a la civilización verdaderamente humana. El poder queda sin juez, el éxito sustituye a la justicia y la fuerza deja de ser un hecho a regular para convertirse en principio de validación.

Frente a esta deriva, la Teología Natural muestra que el problema no reside en Dios, sino en una libertad que no quiere recibir. Allí donde la voluntad se cierra sobre sí misma, Dios aparece como amenaza. Allí donde la libertad se abre al ser, Dios aparece como fundamento. Solo un Dios que funda el ser y el bien invalida la ley del más fuerte, porque solo así el poder puede ser juzgado, el débil puede tener razón y la justicia puede oponerse al éxito.

En este sentido, la afirmación atribuida a Henri de Lubac condensa el diagnóstico:

No es cierto que el hombre no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo cierto es que, sin Dios, no puede sino organizarla contra el hombre.

La frase no niega la capacidad humana ni el progreso técnico. Denuncia algo más profundo: la deriva de una civilización que, al renunciar a la trascendencia, pierde el criterio que hace al hombre inviolable. La humanidad puede avanzar en medios y retroceder en sentido. Puede superar la barbarie exterior y reproducir la ley del más fuerte con instrumentos más refinados, lenguajes más razonables y justificaciones más sofisticadas.



La cuestión, por tanto, no es si Dios estorba al hombre, sino qué tipo de hombre necesita expulsar a Dios para sentirse libre. Si la libertad se entiende como autosuficiencia, Dios aparecerá siempre como amenaza. Pero si la libertad se reconoce como apertura al ser, a la verdad y al bien, Dios deja de ser obstáculo y aparece como fundamento.

Cerrar la pregunta por Dios no libera al hombre de toda dependencia; lo expone a la más dura de todas: la del poder sin fundamento. Por eso, volver a Dios no significa renunciar a la razón ni disminuir la libertad, sino recuperar aquello que permite a la razón juzgar, a la libertad abrirse y a la civilización no organizarse contra el hombre.

7 de febrero 2026

